

PATOLOGÍA DEL PODER

Escrito el 9 de Enero de 2007

por FRAI BETTO

Es injusto calificar de corrupto a todo el que dispone de una parcela de poder, pero no hay duda de que el poder trastorna, en cualquier escala: síndicos, jefes, gerentes, directores, dirigentes sindicales, diputados u obispos.

San Pablo diría que atiza la concupiscencia. Hace que la persona se aficione a los placeres y facilidades ofrecidas a quienes ocupan una posición prominente.

Para muchos, el poder es la suprema ambición. Es la manera perversa de compararse a Dios. Vean a los políticos que gastan sumas millonarias en campañas electorales y, aún derrotados, vuelven a escena, como si la sed de poder fuera proporcional a la fortuna que dilapidan.

Hay hombres que, fuera del poder, se sienten terriblemente humillados, expulsados del Olimpo de los dioses. Se deprimen y, pasada la resaca, vuelven a disputarse el espacio de poder con más garra y menos escrúpulos.

A pesar de las intenciones, la vida se teje en acciones. Y la cabeza piensa donde los pies pisan.

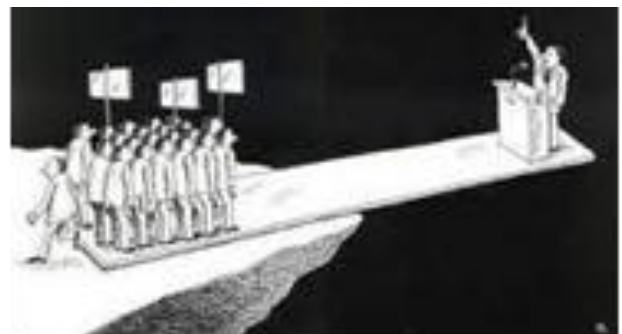
Poco valen las intenciones de quienes juran que "llegando allá no seré como los demás".

Por lo general ocurre a la inversa. Modificado el modo de vivir de quien ocupa el poder, en poco tiempo modifica tam-



bién su modo de pensar. Pues el poder hace girar la rueda de la fortuna y opera en la persona un cambio de lugar social y cultural.

Esa persona se ve rodeada de adulares, recibe invitaciones, regalos, tiene asesores y sobre todo pasa a disponer de una infraestructura que la reviste de una aura especial. Cambia de guardarropa, de casa, de amigos y de mujer o marido.



A los ojos del común de los mortales, aquel señor posee las llaves de la felicidad ajena. Tiene el poder de aprobar proyectos, liberar presupuestos, autorizar obras, permitir viajes, distribuir cargos, promover personas, conceder becas y transformar sus gestos en hechos políticos.

¡Cómo es difícil a quien ya probó el poder volver a ser lo que era! Vargas prefirió meterse una bala el corazón a verse destituido de poder.

El poder reduce la distancia entre lo deseable y lo posible. Cuanto mayor el poder, menor esa distancia. Un gobernador o un ministro puede, el mismo día, gracias a la función que ocupa —y a costa del contribuyente— almorzar en Brasilia, cenar en São Paulo y dormir en Río, convencido de que sus conversaciones y conchabos direccionan el rumbo de la historia...

Quien se apega al poder, se mira todas las mañanas en el espejo de la bruja de Blancanieves y no soporta críticas que minan su autoimagen y exhiben sus contradicciones a los ojos de los demás.

Por eso se aísla, se cierra en un círculo hermético al cual solo tienen acceso los que cumplen sus órdenes, dicen amén a sus ideas o, aunque críticos, se callan conniventes, pues tienen también sus ambiciones y no quieren ser sustituidos por los que tienen más poder.

Se crea así una complicidad táctica. Solo temen que cierta prensa sepa lo que hacen. Sin embargo, actúan como si baristas, camareros, conductores, personal de seguridad y empleados no tuvieran ojos, cabezas, oídos, bocas, parientes, vecinos ni amigos... Todo se agrava, sin embargo, cuando el poder institucional se vincula al poder

marginal, y diputados, senadores, gobernadores y ministros se asocian con espías, tahúres, traficantes, torturadores, agiotistas fieles al adagio de que "dando se recibe". Entonces, las dos últimas letras intercambian su lugar: el poder se p u d r e .



(Frei Betto, teólogo y escritor brasileño)

